

Centro

Hasta dieciocho acepciones recoge el *Diccionario de la lengua española* de la Academia para la palabra *centro*. La primera de ellas nos recuerda que es un concepto geométrico y relativo: 'punto interior que se toma como equidistante de los límites de una línea, superficie o cuerpo'. Es consustancial al *centro* su carácter locativo, que plasma ese repertorio lexicográfico en nada menos que cinco acepciones que comienzan del mismo modo: 'lugar de donde parten o a donde convergen informaciones, decisiones, etc.', 'lugar donde habitualmente se reúnen los miembros de una sociedad o corporación', 'lugar o situación donde alguien o algo tiene su natural asiento y acomodo', entre otras. Lugar y tiempo explican que el *centro* sea el 'núcleo de una ciudad o de un barrio'. Solemos emplear el término en referencia a una 'dependencia de la administración del Estado' o a un 'instituto dedicado a determinados estudios e investigaciones'. La metáfora política con la que lo usamos se apoya en la compleja, relativa y muchas veces pretendida equidistancia entre los extremos: 'tendencia o agrupación cuya ideología es intermedia entre la derecha y la izquierda'. Al fin y al cabo, asimismo es *centro* el 'objetivo principal a que se aspira o hacia el que se siente atracción' (valor este que conviene ejemplificar oportunamente: «el dinero es el único *centro* de sus intereses»).

En dicho repertorio lexicográfico no faltan las marcaciones diatómicas, todas ellas del citado ámbito de la geometría y en referencia al círculo, la esfera y hasta los poliedros regulares. Y hay interesantes notas diatópicas: se designa así en Honduras al 'chaleco'; en Ecuador y en Bolivia, al 'vestido tradicional de bayeta'. Indica por último el diccionario que el *centro* puede ser *activo* en bioquímica, *nervioso* en fisiología, *de gravedad* en física, *de sílaba* en fonética, *de simetría* en geometría y *de la batalla* en el lenguaje militar. Hay *centros* de flores, de mesas y comerciales en los que no cabe tampoco detenerse.

Quizá convenga recordar que, a través del latín, viene el vocablo del griego κέντρον, que en esa lengua designaba, entre otra cosas, el 'aguijón'. Y puestos ya en la historia, diremos que un paseo por el corpus diacrónico de la «docta institución» nos muestra a grandes rasgos que nuestra voz (a veces con forma *çentro*) aparece con frecuencia en textos relacionados con la astrología allá por la segunda mitad del siglo XIII: «el *centro* del peciclo de Mercurio», «el *centro* saliente de cada planeta del *centro* del mundo», «el lugar do cayer la pierna segunda [...] sera el *centro* del levador de venus» (no haría falta apuntar, pero lo hago por si acaso, que esa pierna es la de un compás y el levador, el de una esfera armilar, digamos un astrolabio). En el «*çentro del mundo*» localizaban Jerusalén a mediados del Trescientos (traducción de la *Historia de Jerusalem abreviada*, de Jacobo de Vitriaco). Más tarde, ya en 1437, plantea entre sus *Paradojas* Fernández de Madrigal, el Tostado, que la tierra «está en el *centro del mundo* et en derredor del *centro*», frente al agua, más ligera, que corre por encima, y el aire, aún más alto, aunque menos que el fuego, cuyo «lugar corre fasta el çielo de la luna et adelante». Por esa época, hasta el «abismo o *centro* maligno» iría el enamorado tras su dama, en apasionados versos incluidos en el *Cancionero* de Juan Fernández de Íxar.

Quienes han defendido *ze* y *zi*, que los ha habido, han preferido escribir *zentro*, como es natural. El lector más avezado en letras y sonidos estará pensando en Gonzalo Correas, quien en su *Arte de la lengua española kastellana* (1625) alude al «corazón i *zentro* de España», a propósito de la elegancia de nuestra lengua, hoy diríamos que con perspectiva centralista.

El virus maligno del centro

En estos tiempos revueltos y tormentosos nos llama la atención esa inclinación por andar centrado que tiene el personal. El centro es como la tierra prometida. De hecho, la sabiduría popular (también populista) piensa que la virtud reside en el punto medio, esto es, en el centro; como si el resto de los puntos que pueblan el Universo (cuyo centro se desconoce) estuviesen desprovistos de cualquier clase de virtud. Esa afirmación popular nos pareció, cuando menos, radicalmente extrema. Así que produce un oxímoron: la creación de un “centro extremista”. Esto nos ha preocupado en *Crisis* y, por ello, hemos decidido dedicar nuestra sección crítica a la palabra “centro” para que nuestros colaboradores reflexionasen sobre sus valores y contenido.

Políticamente estamos viviendo un empeño radical por ocupar el espacio de ese supuesto centro. A tal extremo ha llegado semejante empeño que, más que poner en crisis los virtuosos valores del centro, los ha infectado de un virus maligno que le hace olvidar todos sus principios, cronificando en él una potente enfermedad incurable que produce una carencia insoportable de humanidad. Humanidad que tiende a refugiarse en cualquier otro punto alejado de ese centro enfermizo.

Hace mucho tiempo que el centro ha sido incapaz de superar sus crisis, y se ha obcecado tanto que se niega a reconocer su estado, sin darse cuenta de que está poniendo fin a sus días.

Afligidos por todo esto, en *Crisis* quisimos viajar a otras latitudes, lugares donde se refugia el arte para comprobar si alguien se sentía capaz de superar sus crisis, y vimos en la situación actual del cine la oportunidad de llevar a efecto nuestro experimento. También nos ha consolado la magistral colaboración de Guillermo Fatás como firma invitada y el sentido, humano y reconocido recuerdo que nuestro compañero Juan Domínguez Lasierra realiza con la imaginada entrevista a José Pérez Gállego. Hasta nuestro admirado Rosendo Tello ha tenido a bien reseñar la antología poética de Fernando Aínsa (autor que casi monopoliza, con todo derecho, nuestra sección de reseñas). También publicamos escritos de homenaje a Las trece rosas que activistas de la cultura enviaron en apoyo del acto *Es tiempo de memoria. Las trece rosas*. En fin, que en este nuevo número de *Crisis* todavía reside algo de humanidad. No estamos infectados.